

En *El peligro de estar cuerda*, la reconocida escritora y periodista española indaga en la relación entre creatividad y locura, un tema que la obsesiona desde niña. Pero va mucho más allá y reflexiona incluso sobre el sentido último de la existencia.

MARIÁ TERESA CÁRDENAS M.

“Siempre he sabido que algo no funcionaba bien dentro de mi cabeza”, escribe Rosa Montero (Madrid, 1951) al inicio de su nuevo libro, *El peligro de estar cuerda* (Seix Barral). Aparte de ser un potente anzuelo para el lector, la frase expresa una vivencia temprana de la destacada escritora y periodista española: la propia rareza. Aquella que la llevaba a pedirle a su madre, todas las noches, que escondiera un pequeño adorno de cobre, no por la fealdad del “horroroso calderito”, sino porque tenía miedo de levantarse sonámbula y darle “lametazos”. Tenía seis o siete años y había oído que el cobre era venenoso. “Mi imaginación, como se ve, siempre ha galopado por su cuenta”, escribe. Sobre todo considerando que nunca fue sonámbula.

La anécdota es el punto de partida de este libro, mezcla de ensayo y ficción, que explora el vínculo entre la creatividad y “cierta extravagancia”; entre creación y alucinación. Para ello, la autora acude a numerosas lecturas, investigaciones y estadísticas: “Según la Organización Mundial de la Salud —anota—, una de cada cuatro personas que hay en la Tierra padecerá en algún momento de su existencia un trastorno mental”. Y entre las mentes creativas, los escritores llevan la delantera, según un estudio de la psiquiatra Nancy Andreasen, de la Universidad de Iowa, dejando más atrás a músicos y artistas plásticos. El título está tomado, precisamente, de un poema de la escritora estadounidense Emily Dickinson, una de las artistas destacadas en el libro, así como entre los volúmenes citados sobresale *El genio y la locura*, de Philippe Brenot.

La variedad de elementos reunidos en *El peligro de estar cuerda* revela una destreza no menor de la autora, quien arma un texto ágil, atractivo y coherente combinando citas y referencias, experiencias personales, reflexiones sobre temas como la creación literaria, la vejez y las adicciones, e incluso una especie de novela de suspenso con el clásico

motivo del doble: una mujer que sigue a la narradora y se hace pasar por ella. Y por si fuera poco, añade una reveladora entrevista a la autora británica Doris Lessing, publicada en *El País* en 1997.

Con una obra traducida a más de veinte idiomas y numerosos reconocimientos nacionales e internacionales, Rosa Montero ha publicado *La hija del caníbal*, *El corazón del tártaro* y *La buena suerte*, entre una quincena de novelas. De género inclasificable, *El peligro de estar cuerda* se hermana con *La ridícula idea de no volver a verte*, donde la muerte está en el centro.

Telegrama del inconsciente

—¿Cómo se decidió, finalmente, a escribir un libro sobre este tema?

—Mira, no lo decides; los libros te escogen a ti, se imponen, realmente. Como si recibieras un telegrama de tu inconsciente. Por otro lado, es un tema que ha estado dando vueltas en mi cabeza desde siempre, como digo en la primera línea del libro. Esa inquietud por entender mi cabeza estuvo desde que era muy pequeña y se incrementó y se hizo más crítica cuando empecé a tener ataques de pánico, porque ahí pienso que estás loca e intentas entenderlo con más urgencia todavía.

Rosa Montero ha tratado el tema de la salud mental en varios de sus artículos del diario *El País*. Y el de la creatividad, en libros como *La loca de la casa* (2003) o *La ridícula idea de no volver a verte* (2013). “Pero, de repente, hará cuatro años —recuerda—, recibí ese mensaje del inconsciente, ese telegrama, que decía: ‘Ahora tienes que escribir en concreto sobre esto’. Ahí me puse a leer de una manera más sistemática y a tomar notas de textos de otros autores o de expertos, neurólogos, psiquiatras, etcétera. Y a releer libros que había leído antes simplemente porque me interesaba el tema. Pero yo no lo decidí. Es que un día se me impuso”.

Aunque no terminó la carrera, Rosa Montero estudió Psicología para entenderse y entender a otros, pero fue al morir su madre, en plena pandemia, cuando encontró entre sus papeles un informe médico que describía la “constitución espasmofílica” de la pequeña Rosa. Corrió a investigar y encontró la definición: “La espasmofilia es una hiperrreacción al estrés”. ¿Cómo se las arregló esa eminencia médica para diagnosticarla cuando tenía apenas dos años y tres meses?

Desde su hogar en Madrid y a través de la pantalla, la autora habla de una vida iluminada en cierto modo por ese hallazgo. “Siempre tuve la curiosidad y la preocupación de saber por qué tenía todas esas imaginaciones dando vueltas todo el rato por la cabeza, y por qué dedicaba tantas horas de mi vida, desde pequeña también, a escribir mentiras. Es que es una dedicación estafalaria, ¿no? Meterte en una esquina de tu casa y estar sola durante meses, durante años, para escribir mentiras. Y te preguntas por qué lo haces, por qué lo hacemos”.

—¿Le ha servido también el periodismo para entenderlo?

—Pues claro. Todo lo que uno influye en tu escritura y en tu visión del mundo. Y el perio-

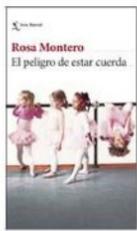


FRANCISCO JAVIER OLEA

ENTREVISTA | Mezcla de ensayo y ficción

Rosa Montero:

“Este libro me ha aportado serenidad”



EL PELIGRO DE ESTAR CUERDA
Rosa Montero
Seix Barral,
Santiago, 2022,
358 páginas,
\$16.000.

dismo está muy cerca de las dos cosas. Primero, está muy cerca del interés por el otro y del interés en la pluralidad del mundo; es decir, una de las cosas que me llevaron al periodismo es mi curiosidad absoluta por todo. He hecho letras, pero me gusta la física, la neurología, la paleontología. De nada sé mucho y de un montón de cosas sé un poquito —afirma entre risas—. Esa es mi manera de estar en el mundo. Y luego, ser entrevistadora es un viaje al otro, te tiene que interesar el otro. Ser novelista es un viaje al otro también, solo que el otro te lo inventas.

“Son dos trabajos completamente distintos e incluso dos géneros literarios opuestos —señala—, pero la base experiencial que te lleva a hacer periodismo reportero o a hacer novela yo creo que está en el interés por los otros, en el amor por los otros, en una curiosidad más o menos universal”.

Por sí solo, el título del libro puede resultar provocador en una sociedad que valora la cordura, la “normalidad”, que para la autora es más bien “normatividad”. ¿Por qué es peligroso estar cuerda? El caso dramático de Emily Dickinson lo ejemplifica y le da un sentido profundo a la creación literaria. “Ella tuvo una vida muy difícil, es casi segurísimo que sufrió abusos incestuosos por parte de su padre y posiblemente también de su hermano. Y de esa vida terriblemente miserable, que era la vida oficial, la salvó la literatura, cuando empezó a leer poesías. Esa era la vida de la locura, la vida privada, la vida íntima, la vida del ensueño, de la creación y la fantasía. Para ella, lo que representaba la cordura era el horror, un infierno”, explica.

Y va más allá para enfatizar una de las tesis del libro: “Yo creo que la normalidad no existe, la cordura no existe, y de hecho, cuando alguien me dice ‘yo es que soy muy normal’, me echo a temblar, porque seguramente es una persona que no se conoce nada a sí misma, que se reprime muchísimo para intentar encajar en lo normativo. Porque lo que nos venden por normalidad es en realidad normativo, y cada cultura tiene una normativa diferente. Lo que llamamos locura es una ruptura de la narración colectiva”.

—Usted dice que estar loco es estar solo. ¿Qué relación tiene con la soledad del escritor?

—Por supuesto que hay distintas soledades. Primero está la soledad existencial, que es la soledad ante la muerte, ante el dolor, y no hay más remedio que apechugar con ella. Luego está la soledad de la locura, que es atroz, como he intentado decir en el libro, una soledad que si no has estado ahí, realmente no sabes de qué estoy hablando. Todos morimos, sabes que en eso te hermanas con el resto de los humanos, pero cuando sufres un trastorno mental, la locura “te engaña” y te hace creer que esto solo te pasa a ti, que te has salido del género humano. Esa es una soledad específica, patológica y atroz. Luego está la soledad buena, la que tenemos que aprender a vivir, porque si no, toda tu vida estará hipotecada; seguramente soportarás una pareja horrible por miedo a quedarte solo, andarás mendigando amigos espantosos por miedo a quedarte solo. Es uno de los grandes aprendizajes de la vida: encontrar el gusto, el placer y la serenidad en esa soledad. La soledad del escritor es esa, la fructífera, la buena.

Indagación detectivesca

Rosa Montero se refiere a los artistas, en general, “sean buenos o malos, porque en el libro yo no hablo de calidad de la creación, yo creo que la cabeza del peor artista y del mejor artista funcionan igual, la calidad de la obra es otra cosa”. Entre ellos, reconoce que “hay un porcentaje efectivamente más elevado de suicidios y de trastornos mentales. Y luego, parece que, entre todos los artistas, los escritores lo tienen todavía un poco peor”. Aun así, matiza: “Pero sí que me interesaría desdramatizar. O sea, hay un tópico, del que reniego completamente, del artista como ser sufriente, como si cuanto más sufieras, mejor artista fueras. Eso, vamos, me parece una falsedad absoluta. Yo creo que hay que ser lo más felices posible, el artista y el carpintero y el sexador de pollos, da igual. Es verdad que la obra nace del dolor de perder, pero es que el ser más feliz de la tierra ya vive el suficiente dolor como para escribir cuatro Quijotes”.

—Llama la atención la estructura de suspenso que le da a su libro, no siendo una novela.

—Me encanta que digas eso. Tiene algo efectivamente de novela de suspenso, y creo que nace en realidad de cómo afronto el libro. Porque cuando yo reunía esa ingente cantidad de información y de datos, pues tenía cuatro cuadernos con notas por todas partes, montones de cartulinas llenas de notas, hice una lista de más de setenta temas que quería tocar y de repente me sentí súper perdida. Durante dos o tres días, o cuatro, estuve con una especie de angustia, porque me dije “no voy a ser capaz de sacar algo en limpio de aquí”. Y de repente lo que hice fue lo que hago con las novelas: cerrar el yo consciente, no intentar hacer un ensayo en un sentido tradicional, sino abrirme paso, caminar a través del libro para intentar encontrar respuestas. Y afortunadamente esa indagación detectivesca me llevó al descubrimiento de que el asesino era el mayordomo —se ríe—. Llegué a responderme las preguntas que iba buscando y que había ido buscando toda mi vida.

Antes de escribir un libro, explica la autora, lo tiene uno o dos años en la cabeza, preparándolo. “Es como una sopa cósmica que tiene luces y chisporroteos, y movimiento y un sonido, como la música de las esferas; tiene un ritmo y una respiración”, explica. Y en este caso, esa respiración y ese sonido la fueron llevando “como el flautista de Hamelin”.

A tal punto, reconoce, que “de todos los libros que he hecho, sin lugar a dudas, este el más musical, hay un *in crescendo*, como una ladera que sube que sube que sube. Tiene un ritmo interno clarísimo, que es casi como el palpitir del corazón”.

—También hay personajes que parecen de novela, como Bárbara, que se hace pasar por usted.

—Hay una doble, una impostora, que ha aparecido a lo largo de cuarenta años en mi vida. Bueno, ahí hay cosas que son verdades notariales y otras que son ficción. Y no voy a decir cuáles son: que el lector escoja lo que quiera creer. Pero lo que te puedo decir es que la ficción que hay en este libro es la parte más verdadera, porque es la que transmite de una forma más profunda y más exacta la mirada que yo tengo del mundo. Para mí, lo real y lo fantástico están muy entremezclados; la fantasía forma parte de la realidad y la frontera entre lo real y lo fantástico es porosa, resbaladiza. Para hablar de lo más profundo, de lo más importante, y verdaderamente de lo más básico de nuestras vidas, tenemos que recurrir a los mitos y a las leyendas; si no, no llegas, porque es una profundidad inefable.

—¿Por qué incorpora otros temas, como la vejez?

—Es que al final en este libro, que trataba sobre creación y locura, he desembocado en plantearme una vez más el sentido de la vida, si es que tiene alguno, y el sinsentido de la muerte, que son dos cosas cruciales en toda mi literatura. Sin pensarlo, he llegado ahí. Y también en ese registro, este libro me ha aportado una vueltecita más de serenidad o de alivio ante el sinsentido de las cosas. El miedo a la muerte está detrás de mucho de esto.

Lo que llamamos locura es una ruptura de la narración colectiva”.

Todo lo que uno es influye en tu escritura y en tu visión del mundo”.

El sentido de la vida, si es que tiene alguno, y el sinsentido de la muerte son dos cosas cruciales en toda mi literatura”.

Hay algo rítmico en este libro, que es casi como el palpitir del corazón”.